

*Aunque la mona se vista de seda...*

# Pseudociencias: la superstición disfrazada de ciencia

Sergio de Régules

Si quieres pertenecer a un grupo de amigos que no te acepta (cosa que no te recomendamos) puedes tratar de vestirte, hablar y conducirte como ellos. Es un truco viejísimo parecido en cierta forma a lo que hacen los virus desde hace miles de millones de años para invadir células. Un virus está revestido de ciertas proteínas que le abren las puertas de la célula. Una vez dentro, suelta su material genético y obliga a la célula a hacer copias del virus, que invaden otras células. Las pseudociencias, como los virus, se visten de lo que no son para engañar a los incautos.

¿Has oído en la tele palabras como “energía positiva”, “vibraciones”, o “física cuántica”? Seguro que sí. Éstas son palabras que provienen del lenguaje técnico de la ciencia, y que en la ciencia tienen un significado muy preciso, sin connotaciones de valor o esotéricas. Fuera de contexto, como en los programas sobre ovnis y fenómenos paranormales, a estas palabras se les puede dar cualquier significado.

Por ejemplo, parece que los conductores de esos programas están convencidos de que la energía positiva es buena y la energía negativa es mala. Pero la energía de una explosión atómica es tan positiva como se puede ser y a la vez muy, pero muy mala. Otro ejemplo: desde cierto punto de vista podemos decir que todo lo que se encuentra sobre la superficie de la Tierra (o por lo menos en su campo gravitacional) tiene energía potencial negativa. ¿Crees que podamos atribuir a esto todos los problemas del mundo? Por supuesto que no. La energía potencial negativa no tiene nada que ver con la guerra y la ignorancia.

Lo que ocurre es que ciertas personas supersticiosas emplean el término científico “energía” como sustituto de “suerte”. En vez de decir “mala suerte” dicen “energía negativa”. Así disfrazan su superstición de ciencia.

## ¿Patentar la ciencia?

A todos nos caen gordos los secretos. Excepto cuando son *nuestros* secretos, claro. En ciencia, los secretos generalmente no son bien vistos. Ya que cuando un científico hace un experimento puede equivocarse, confundirse o —se han dado casos— mentir, es necesario que dé a conocer todos los detalles, de modo que otros científicos puedan repetirlo, y así confirmar sus hallazgos. Si un científico dijera que ha hecho algún hallazgo importante, pero que prefería mantener en secreto sus métodos, la comunidad científica se reiría de él o lo ignoraría. En ciencia lo que no se trabaja en forma comunitaria no sirve de nada.

Por otro lado, en la industria los secretos muchas veces son valiosos. Si uno descubre un método más barato y eficiente de fabricar algo, más le vale mantenerlo en secreto, pues así tendrá una ventaja sobre los competidores. Claro que las novedades no siempre pueden mantenerse en secreto. A veces, los competidores pueden hacer “ingeniería inversa” para descubrir cómo está hecho un nuevo producto. En otras ocasiones, el simple hecho de ponerlo a la venta hace que pueda ser imitado. Por ello se inventó el sistema de patentes.

La patente, prima hermana del secreto industrial, sirve para comprobar legalmente (hacer patente) que uno es el inventor de algo, de modo que si alguien lo quiere imitar tendrá que pagarnos derechos por el uso de nuestra idea. Si no hubiera patentes, inventores y compañías no gastarían dinero y esfuerzo en crear nuevos productos. No les convendría, pues sus competidores podrían simplemente imitarlo, ahorrándose el gasto.

Tradicionalmente sólo se podían patentar objetos como máquinas, diseños, aparatos y demás objetos concretos. Uno tenía que llevar un modelo de su invento. Desgraciadamente, desde hace algunas décadas los gobiernos otorgan patentes para ideas e información que deberían ser del dominio público. Por ejemplo, hoy se patentan técnicas para operar (con el consiguiente perjuicio para los pacientes) e, incluso, genes.

En efecto: con el avance del Proyecto Genoma Humano (descifrar toda la información genética del ser humano, contenida en su ADN), algunas compañías internacionales y científicos con mente de negociantes han patentado los fragmentos de información genética que han descifrado. Estas patentes obstaculizan el avance de la investigación biomédica y tienen implicaciones éticas preocupantes. Actualmente se discute la conveniencia de permitir que grandes compañías sean dueñas de partes del patrimonio genético de nuestra especie. En un caso así, el interés común debe estar por encima de las ambiciones empresariales. Después de todo, el proyecto del genoma es un proyecto científico, no un negocio. ¿O qué no se trataba de hacer ciencia?